



Ciencia Ergo Sum

ISSN: 1405-0269

ciencia.ergosum@yahoo.com.mx

Universidad Autónoma del Estado de México  
México

Garrocho Rangel, Carlos

Diferentes perspectivas

Ciencia Ergo Sum, vol. 19, núm. 3, noviembre-febrero, 2012, pp. 277-278

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10423895010>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



uento

\* El Colegio Mexiquense, A.C., México, México.  
Correo electrónico:  
carlosgarrochorangel@yahoo.com.mx

# Diferent perspectivas

Carlos Garrocho Rangel\*

El viejo detuvo su caminata por la playa y se quedó observando el horizonte. En chancas, pantaloncillo corto y camiseta holgada, se veía flaco y reseco como una vara. Su cabello escaso y delgado flotaba al viento. Fijó su mirada en el sol que se hundía en las azules aguas del Pacífico, agonizando (¿cómo él?) en medio de vibrantes llamas anaranjadas.

Con los ojos acuosos, el viejo rebuscó en su interior lo que aún le quedaba por vivir y no encontró gran cosa. Lo mejor de su vida hacía tiempo que había pasado. Luego se asomó al desván desordenado de su memoria y entre una enorme cantidad de trebejos encontró el recuerdo que necesitaba. Vio, como si fuera ayer, a Ofelia, la mujer de la que no se enamoró, pero con la que vivió el cenit de su pasión.

Haciendo un recuento de su vida, como acostumbraba cada vez con más frecuencia, confirmó nuevamente que Ofelia representaba su experiencia erótica más luminosa, y que visto en perspectiva, su vida la podía dividir en antes y después de Ofelia.

En su momento, joven aún, fue consciente de lo excepcional de aquella relación; de lo extraño que resultaba que alguien como él hubiera atraído hasta la insensatez a una mujer de tal sensualidad y perfección física... como ella. De compartir, honesta-

mente, como sólo lo hacen las mujeres enamoradas, la felicidad excepcional de estar juntos, de atraerse y gozarse mutuamente de manera ilimitada, de la pasión sin timón, ni brújula, ni faro, de la inmensa cama de espuma blanca que no conoció de reglamentos ni prejuicios, ni de inseguridades, ni de pecados. De la libertad plena y etérea de hacer y dejarse hacer, en el perfecto y delicado equilibrio que se deriva de la absoluta confianza en el otro.

Lo que no imaginó entonces fue que esa etapa con Ofelia sería su pináculo. Lo mucho que vino después fue magnífico, pero jamás alcanzó aquellas alturas. Jamás volvió a escuchar lo que le dijo Ofelia con los ojos brillantes una tarde de verano: “*me llevaste al cielo a conocer a Dios*”.

Y hacia el futuro... hacia el futuro ya no había la menor esperanza de llegar a esos niveles de plenitud. Era evidente que su tiempo había pasado hacía años, y en retrospectiva, como se hacen los análisis serios, identificaba justo aquella tarde de verano como el momento de su canto del cisne.

\*\*\*

La mujer de pelo cano subió con esfuerzo a su auto, cuidando de no derramar el cappuccino que había

comprado, al salir del centro comercial. Miró parpadear el reloj del tablero y observó que todavía tenía algunos minutos antes de su cita en el hospital. Hacía algún tiempo había superado un cáncer de seno, poco común en mujeres de setenta años, y debía acudir a su reconocimiento periódico... le volverían a llamar la atención por su sobrepeso.

La mañana era fresca y al dar un sorbo a su café, quizá por el sabor, quizá por el aroma, recordó suavemente aquel viaje a Florencia. No era algo que evocara a menudo. En aquellos días aún no cumplía veinticinco años y su carne era tirante y firme. Su rostro liso y rutilante como espejo, y sus ojos grandes siempre atentos a la vida, que generosa se le desplegaba colorida como la cola de un pavorreal. Sabía que no era especialmente bonita, pero era esbelta, se sacaba partido... y era joven.

Conoció a Fabio en un café cercano al puente Vecchio... Sonrió sorprendida de los íntimos recuerdos que le retraía, medio siglo después, un simple cappuccino.

Aquella tarde en Florencia ella estaba sentada en una banca de piedra milenaria, hojeando una Vogue y contemplando la superficie perezosa y gris del río Arno... Parece que fue ayer...

Fabio se le acercó con el estilo que han patentado los italianos, mezclando simetrías exactas de descaro, simpatía y seducción. Ella tenía la edad y el ánimo dispuestos, y rindió la plaza sin negociaciones ni armisticios. Los siguientes tres días en Florencia fueron de ensueño.

Observándose en el espejo retrovisor, pensó que no se enamoró de Fabio, pero sí ardió hasta consumirse en la llama azul de la pasión. Recordó la tarde que desnuda y sudorosa sobre

la nivea cama del hotel Balestri, tomó entre sus manos el rostro de Fabio y le dijo con lágrimas de felicidad: “*la dicha es ser mujer y estar contigo*”.

Nunca se volvió a sentir igual... ni a sentir lo mismo. Con sorpresa, descubrió divertida que el recuerdo aún le erizaba la piel. Se quedó pensativa unos segundos, luego asintió lentamente... En efecto, se dijo: “*nunca volví a sentir lo mismo... hubo momentos gloriosos... pero nunca volví a sentir lo mismo*”.

Fabio se quedó en aquel lugar del tiempo. Nunca cruzaron ni cartas, ni recuerdos. Tampoco lo extrañó. Pero sin duda, esos tres días juntos conformaban uno de los puntos más relevantes de su existencia. Curiosamente, jamás le contó a nadie sobre Fabio. Guardó el recuerdo en algún rincón de su memoria, para ella sola. No necesitaba que nadie lo supiera. Quizá, algún día, podría compartirlo con Claudia, su nieta favorita. La luz de sus ojos.

La mujer sonrió optimista, saboreó su café y tomó el camino al hospital.

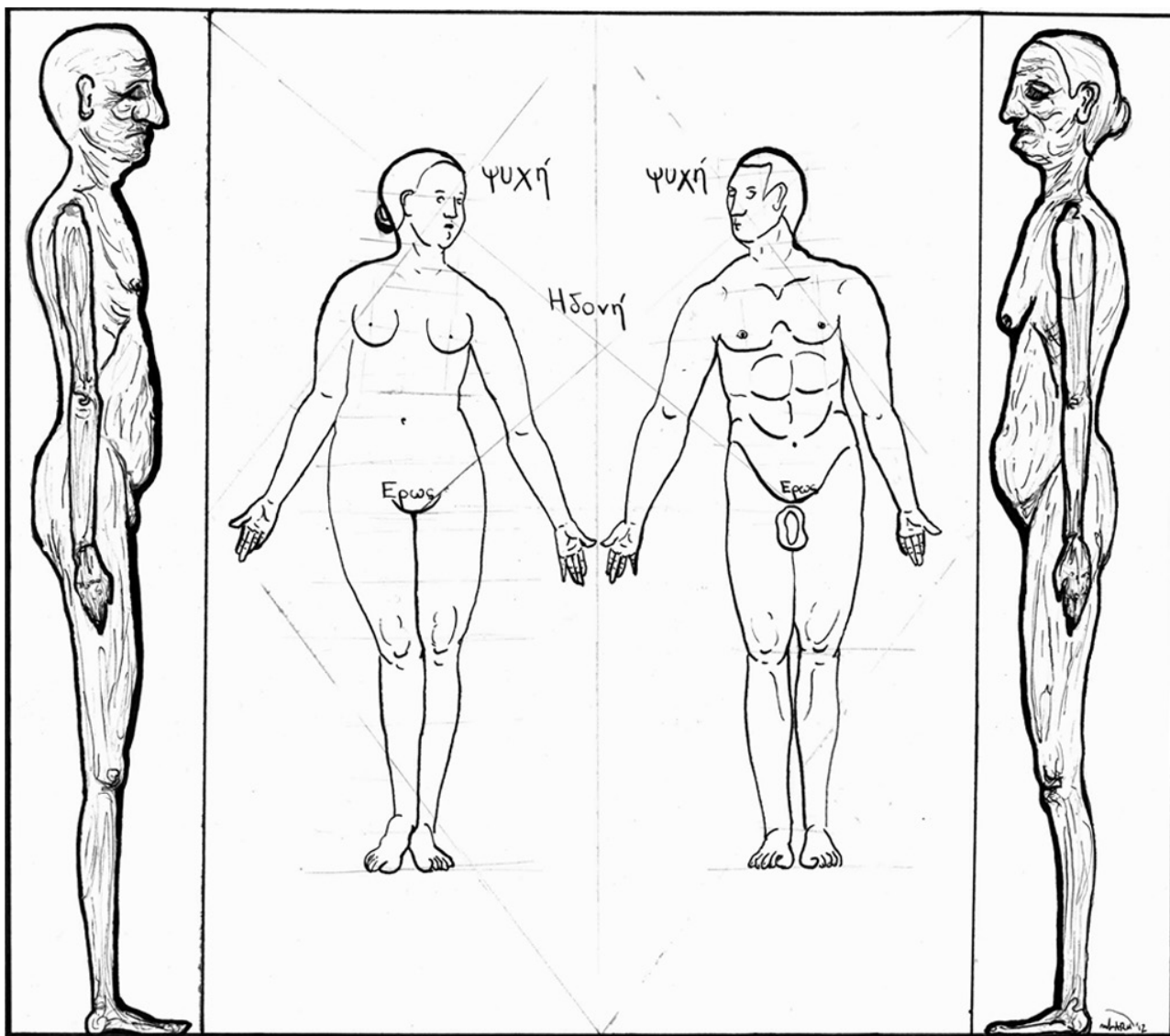


Ilustración: Mariana Alicia Robles Mejía / Correo electrónico: 00marm00@gmail.com